

Dublineses



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2025

Edición basada en la publicada por Panther Books, London, 1985

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Susana Carral, 2022

Ilustraciones de cubiertas e interiores: © Javier García Iglesias, 2022

IBIC: FA | Thema: FB

ISBN: 978-84-128818-18-1-3

Depósito legal: M-27617-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

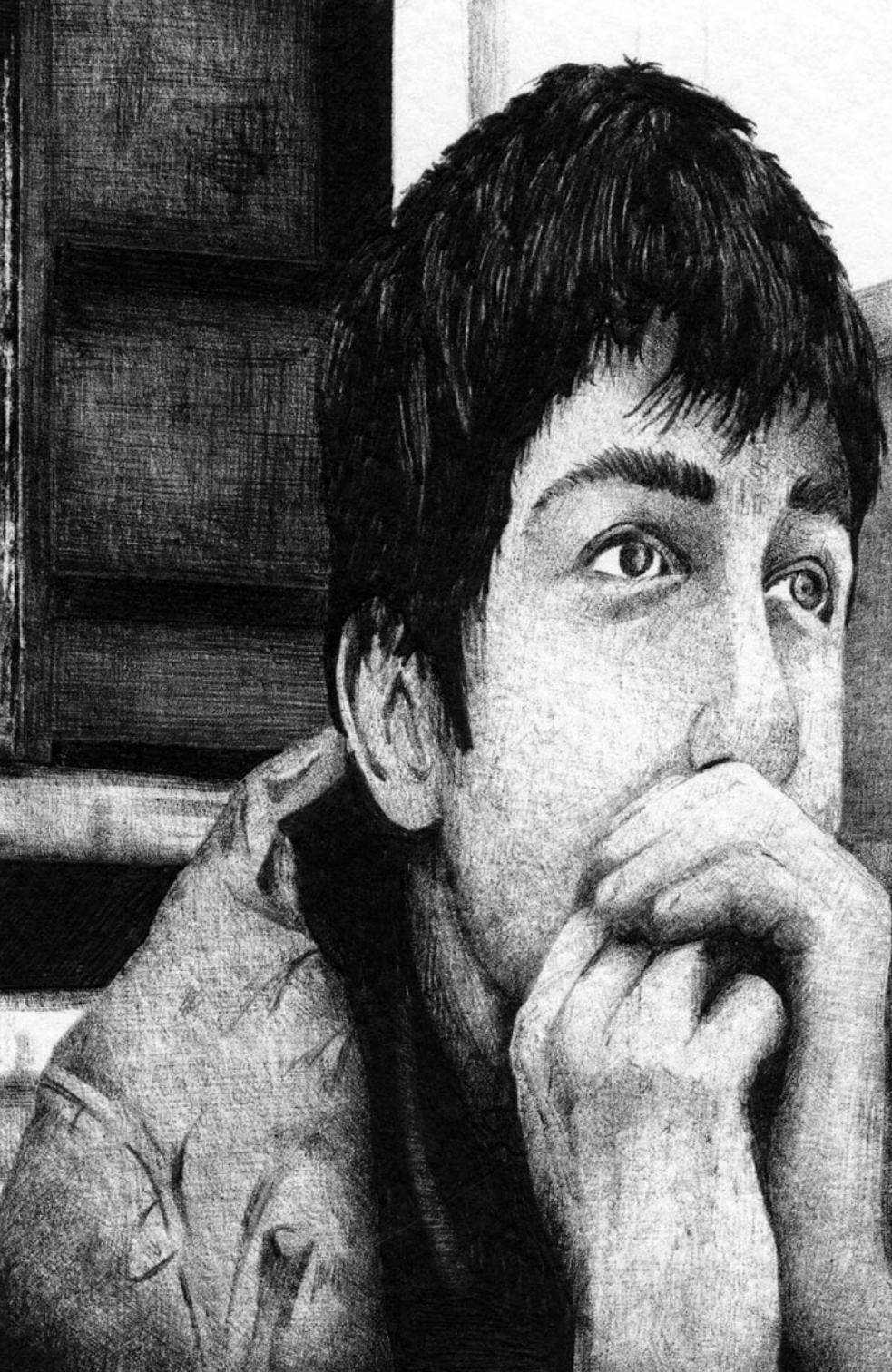
Dublineses

James Joyce

Ilustraciones de Javier García Iglesias

Traducción de Susana Carral







Índice

<i>Introducción</i>	9
Las hermanas	13
Un encuentro	27
Arabia	41
Eveline	51
Después de la carrera	59
Dos galanes	69
La pensión	85
Un leve nubarrón	97
Duplicados	117
Arcilla	135
Un caso penoso	147
El día de la hiedra	163
La madre	187
La gracia de Dios	207
Los muertos	241

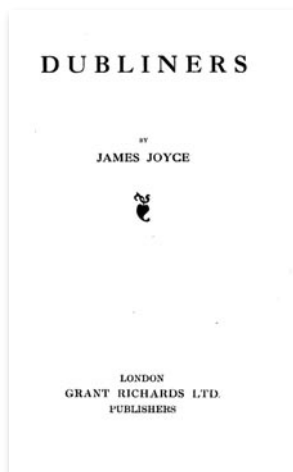


Introducción

NO LO TUVO FÁCIL James Joyce (1882-1941) para publicar sus primeras obras. Nacido en una familia con escasos recursos económicos, crítico con la sociedad y la Iglesia católica irlandesas, y contrario a cualquier sentimiento nacionalista, que consideraba una fantasía provinciana, cosas de *trolls*, entre 1905 y 1914 envió el manuscrito de *Dubliners* en dieciocho ocasiones a quince editores que lo fueron rechazando uno tras otro.

En 1905 el sello londinense Grant Richards había aceptado publicarlo a condición de que suprimiera por completo «Dos galanes», una de las quince historias del libro, junto a otros pasajes. Finalmente, tras un pulso de encuentros y desencuentros, editor y autor rompieron el acuerdo.

Según el espléndido ensayo *El libro más peligroso*, donde Kevin Birmingham narra la batalla de James Joyce por publicar *Ulises* (hay versión española en Es Pop ediciones, con



Primera edición de 1914.

brillante traducción y edición de Óscar Palmer), fue en ese momento, al recibir la carta de Grant Richards renunciando a publicar *Dublineses*, cuando Joyce decidió emprender la escritura de *Ulises*, que en un principio iba a ser un capítulo más del título que acababan de rechazarle.



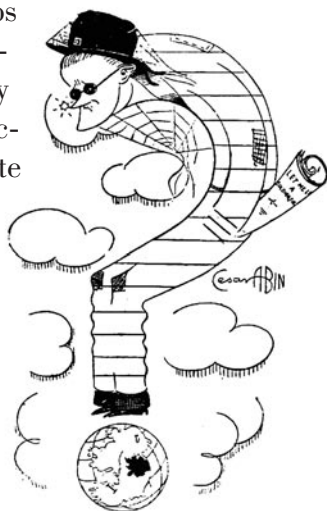
James Joyce en París junto a la editora Sylvia Beach, que publicó el *Ulises*.

Cómo aceptó finalmente Grant Richards llevar a la imprenta *Dublineses* en 1914 es otra historia, demasiado larga y procelosa. Resulta más interesante conocer que la primera obra de ficción publicada por Joyce fue «Las hermanas» (1904), que abre este volumen. Cuenta en ella la muerte de un sacerdote sifilítico, a través de los ojos de un chaval empeñado en descubrir de qué ha muerto el padre Flynn, asunto sobre el que existe un pacto de silencio.

Kevin Birmingham asegura que «Joyce consideraba Dublín un gigantesco pozo de sífilis, tanto metafórica como literalmente. Años más tarde bromearía con que, más que una civilización, Europa en conjunto era una “sifilización”, atribuyéndole a la enfermedad las manías del continente.

Ideó entonces una colección de cuentos que le permitiese capturar la parálisis sifilítica camuflada en el centro de la vida moral de Dublín. Escribió sobre los ladronzuelos y politicastros de la ciudad, sobre sus lavanderas, pensiones y padres maltratadores. Tituló su colección *Dublineses* y se pasó la siguiente década escribiéndola a trompicones».

Traducida ahora de nuevo para esta edición por Susana Carral, que ofrece una versión espléndida y repleta de nuevos matices, Javier García Iglesias ilumina en blanco y negro ese Dublín sucio y atrasado de principios del siglo XX que describe Joyce. Lo hace a bolígrafo de tinta negra, como el carbón, mostrando su dominio para retorcer el realismo, caricaturizarlo y atraparlo. Nunca herramienta tan humilde adquirió en sus manos mayor nobleza.



Joyce por César Abín.

JESÚS EGIDO

Las hermanas

ESTA VEZ no había esperanza para él; era el tercer derrame cerebral. Noche tras noche había pasado frente a la casa (estaba de vacaciones) y observaba el cuadrado de luz de la ventana; y noche tras noche comprobaba que la iluminación era prácticamente la misma. Pensé que, si hubiera muerto, vería el reflejo de las velas en la contraventana oscurecida, pues sabía que junto a la cabeza de un cadáver deben situarse dos velas. Me había dicho muchas veces: «No duraré mucho en este mundo», y sus palabras siempre me parecieron frívolas. Pero entonces supe que decía la verdad. Todas las noches, al mirar hacia la ventana, me repetía a mí mismo la palabra parálisis. Siempre me había sonado rara, como la palabra gnomon en Euclides y simonía en el catecismo. Pero ahora me parecía el nombre de algún ser maléfico y pecador. Me llenaba de miedo y a la vez deseaba acercarme más y observar su obra letal.

El viejo Cotter fumaba sentado junto a la chimenea cuando bajé a cenar. Mientras mi tía me servía las gachas

con un cucharón, él dijo, como si volviera a algún otro comentario realizado antes:

—No, yo no diría que fuese... pero había algo raro... había en él algo misterioso. Les diré lo que pienso...

Le dio una calada a su pipa, sin duda para organizar sus opiniones antes de hablar. ¡Qué hombre tan pesado! Cuando lo conocimos, nos parecía bastante interesante, porque hablaba de restos de maceración y tuberías en espiral; pero pronto me cansé de él y de sus interminables historias sobre la destilería.

—Tengo mi propia teoría —dijo—. Creo que ha sido uno de esos... casos peculiares... Pero cuesta decir...

Empezó a fumar de nuevo sin completar su teoría. Mi tío se dio cuenta de que lo miraba fijamente y me dijo:

—Bueno, tu viejo amigo se ha ido; supongo que lo sentirás.

—¿Quién? —pregunté.

—El padre Flynn.

—¿Ha muerto?

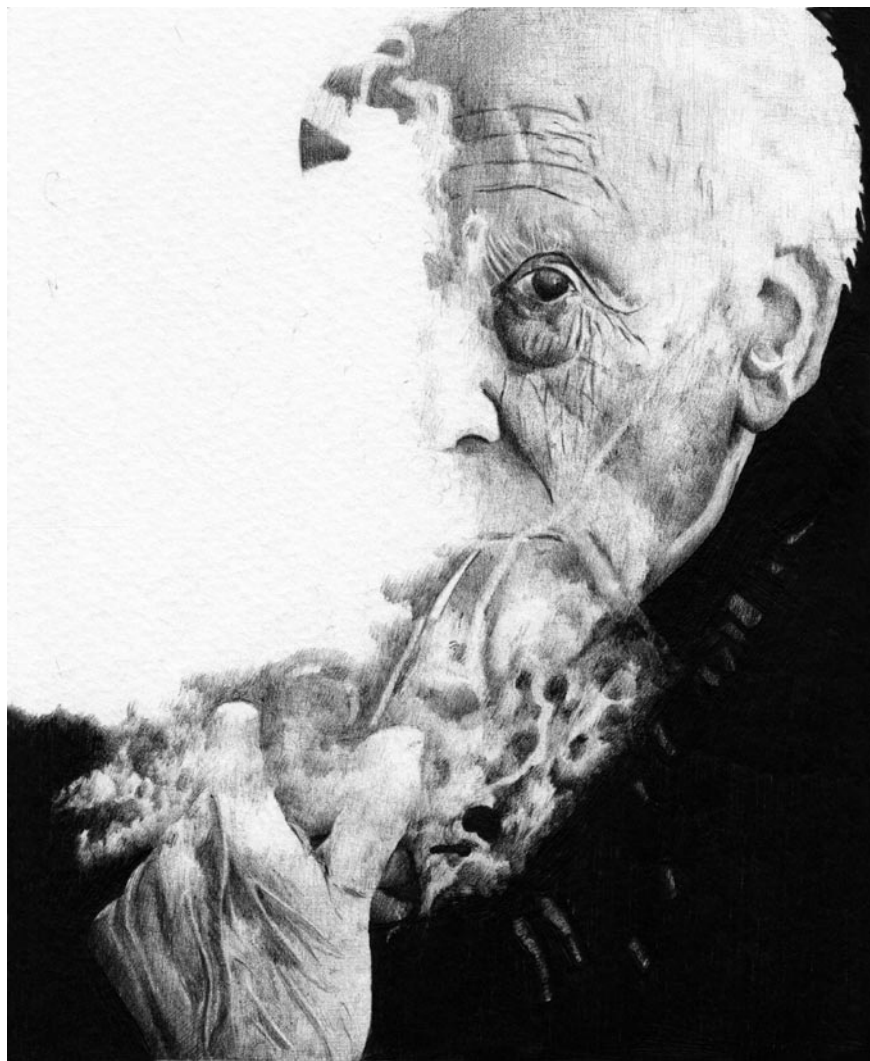
—Nos lo acaba de decir el señor Cotter. Pasaba junto a la casa.

Sabía que me observaban, así que continué comiendo como si la noticia no me interesara. Mi tío le explicó al viejo Cotter:

—El benjamín y él eran muy amigos. El viejo le enseñó muchas cosas y dicen que tenía grandes planes para él.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo mi tía con devoción.

El viejo Cotter me miró un rato. Sentí que sus ojillos brillantes y siempre atentos me examinaban, pero no le di



la satisfacción de levantar la vista de mi plato. Volvió a centrarse en su pipa y acabó por escupir, groseramente, en la rejilla de la chimenea.

—A mí no me gustaría que ningún niño de mi familia tuviese demasiado que hablar con un hombre como él —comentó.

—¿Qué quiere decir, señor Cotter? —preguntó mi tía.

—Pues que es malo para los niños —contestó el viejo Cotter—. Yo pienso que los chavales deben andar por ahí con otros chavales de su edad, en lugar de... ¿No tengo razón, Jack?

—Eso creo yo también —dijo mi tío—. Tienen que aprender a buscarse la vida por su cuenta. Es lo que siempre le digo a este rosacruz: Haz ejercicio. Cuando yo era un chavalín todas las mañanas me bañaba en agua fría, en invierno y en verano. Y lo sigo haciendo ahora. La educación está muy bien, pero... Seguro que el señor Cotter se tomaría un pedacito de esa pierna de cordero —añadió, dirigiéndose a mi tía.

—No, no, yo no —dijo el viejo Cotter.

Mi tía sacó la fuente de la fresquera y la dejó sobre la mesa.

—Pero ¿por qué cree que no es bueno para los niños, señor Cotter? —preguntó mi tía.

—Es malo para los críos —contestó el viejo Cotter— porque son muy impresionables. Cuando los niños ven esas cosas, el efecto es...

Me llené la boca de gachas por miedo a expresar mi enfado. ¡Aquel pesado imbécil de nariz colorada!

Ya era tarde cuando me quedé dormido. Aunque estaba enfadado con el viejo Cotter por tratarme como a un niño,

le di vueltas en la cabeza a sus frases inacabadas para extraer de ellas algún significado. En la oscuridad de mi cuarto imaginaba que volvía a ver el rostro ceniciento y pesado del paralítico. Me cubrí la cabeza con las mantas e intenté pensar en la Navidad. Pero el rostro grisáceo me perseguía. Murmuraba y yo entendí que quería confesar algo. Sentí que mi alma se internaba en una región agradable y salvaje; y allí, de nuevo, me esperaba el rostro. Empezó a confesarse ante mí en susurros y me pregunté por qué sonreía continuamente y por qué tenía los labios tan humedecidos por la saliva. Pero entonces recordé que había muerto de una parálisis y me di cuenta de que yo también sonreía débilmente, como si quisiera absolver la simonía de su pecado.

A la mañana siguiente, después de desayunar, fui a ver la casita situada en Great Britain Street. Se trataba de una tienda modesta, registrada bajo el impreciso nombre de Mercería. Sobre todo ofrecía patucos y paraguas, y normalmente en la ventana había un cartel que decía: «Se cambia la tela de los paraguas». Ahora no se veía ningún cartel porque las contras estaban cerradas. En el pomo de la puerta habían atado un ramo de flores de tela con un lazo. Dos pobres mujeres y un repartidor de telegramas leían la tarjeta sujeta a las flores. Yo también me acerqué y leí:

1 de julio de 1895

Reverendo James Flynn (otrora de la iglesia
de Santa Catalina, en Meath Street).

A los 65 años.

RIP.

La tarjeta me convenció de que estaba muerto y me sentí mal al ver que era capaz de contenerme. Si no hubiese fallecido, yo habría entrado en la salita de detrás de la tienda y lo habría encontrado en su sillón, junto a la chimenea, casi asfixiado por su gabán. Tal vez mi tía me hubiese dado un paquete de rapé para él y ese regalo lo habría despertado de su atontamiento. Siempre me ocupaba yo de vaciar el paquete de rapé en la cajita donde lo guardaba, porque le temblaban demasiado las manos para que pudiera hacerlo sin que la mitad de las hebras acabaran en el suelo. Incluso cuando se llevaba la enorme y temblorosa mano a la nariz, pequeñas nubes de tabaco se colaban entre sus dedos y caían sobre la pechera de su abrigo. Es posible que fuese esa lluvia constante de rapé lo que diera a sus vetustas prendas sacerdotales el aspecto verdoso y descolorido que tenían, ya que el pañuelo rojo con el que intentaba cepillar las hebras caídas —ennegrecido, como siempre estaba, por las manchas de rapé de una semana— no servía de mucho.

Deseaba entrar y verlo pero no tuve valor para llamar a la puerta. Me alejé caminando despacio por el lado soleado de la calle, leyendo al pasar todos los anuncios teatrales de los escaparates. Me pareció extraño que ni el día ni yo pareciésemos estar de duelo e incluso me sentí molesto al descubrir en mi interior una sensación de libertad, como si su muerte me hubiera liberado de algo. Me asombró porque, como había dicho mi tío la noche anterior, el padre Flynn me enseñó muchas cosas. Había estudiado en el colegio irlandés de Roma y me enseñó a pronunciar latín como es debido. Me contó historias sobre las catacumbas y Napoleón Bonaparte, además de explicarme el significado de las dis-

tintas ceremonias relacionadas con la misa y las diferentes vestiduras que usa el sacerdote. A veces se divertía haciéndome preguntas complicadas, interrogándome sobre lo que se debería hacer en determinadas circunstancias o si tal o cual pecado era mortal, venial o una simple imperfección. Sus preguntas me hicieron ver lo complejas y misteriosas que eran ciertas instituciones de la Iglesia que a mí siempre me habían parecido de lo más sencillas. Los deberes del sacerdote en relación con la eucaristía y la confidencialidad del confesionario me parecían tan serios e importantes que me maravillaba que alguien hubiese sido capaz de reunir el valor necesario para llevarlos a cabo; y no me sorprendí cuando me contó que los Padres de la Iglesia habían escrito libros tan voluminosos como la guía de Correos y de letra tan pequeña y apiñada como las notificaciones legales que publicaban en el periódico, con el fin de aclarar todas esas cuestiones tan intrincadas. Cuando pensaba en eso, lo normal era que no fuese capaz de contestar nada o de darle una respuesta tan ridícula y titubeante que él sonreía y asentía con la cabeza dos o tres veces. En ocasiones me hacía recitar los responsorios de la misa que me había hecho aprender de memoria y, mientras yo discursaba, él sonreía pensativo y decía que sí con la cabeza, al tiempo que se introducía un buen pellizco de rapé primero en un orificio nasal y luego en el otro. Cuando sonreía solía dejar al descubierto sus enormes dientes manchados y apoyar la lengua sobre el labio inferior, una costumbre que, al principio de nuestra amistad, antes de llegar a conocerlo bien, me resultaba desagradable.

Mientras caminaba bajo la luz del sol evoqué las palabras del viejo Cotter e intenté recordar qué había pasado después

en el sueño. Me acordé de que me había fijado en unas largas cortinas de terciopelo y una antigua lámpara oscilante. Sentí que había estado muy lejos, en una tierra donde las costumbres eran extrañas —me pareció Persia—, pero no podía recordar el final del sueño.

Por la tarde mi tía me llevó a visitar la casa del duelo. Ya se había puesto el sol, pero los cristales de las casas que daban a poniente reflejaban el tono dorado oscuro de un gran banco de nubes. Nannie nos recibió en el vestíbulo y, como no habría resultado apropiado hablarle a gritos, mi tía le estrechó la mano en nombre de todos. La anciana señaló hacia arriba con aire interrogativo y, al ver que mi tía asentía con la cabeza, empezó a subir la estrecha escalera con esfuerzo, por delante de nosotros, con la cabeza tan inclinada que no superaba la altura del pasamanos. Se detuvo en el primer descansillo y por señas nos indicó que cruzásemos el umbral de la habitación del muerto. Mi tía entró y la anciana, al ver que yo dudaba, insistió de nuevo, haciendo señas con la mano.

Entré de puntillas. La estancia, a través de la cortina de encaje que asomaba por debajo de la persiana, quedaba bañada en una oscura luz dorada contra la que las velas parecían pálidas llamitas. Lo habían metido en un ataúd. Nannie tomó la iniciativa y los tres nos arrodillamos al pie de la cama. Fingí que rezaba, pero no conseguí concentrarme porque los murmullos de la anciana me distraían. Me fijé en lo torpemente que llevaba abrochada la falda por detrás y en que los talones de sus botines de tela estaban gastados por un lado. Imaginé que el viejo sacerdote sonreía, allí acostado en su féretro.

Pero no. Cuando nos levantamos y nos acercamos al cabecero de la cama, vi que no sonreía. Yacía solemne y opulento,

vestido como si estuviera ante el altar, y sus enormes manos sostenían un cáliz. El rostro era muy agresivo, grisáceo e inmenso, de orificios nasales negros y tenebrosos, enmarcado por una tira de pelaje blanco y ralo. En la estancia había un olor muy fuerte: las flores.

Nos santiguamos y salimos. En la pequeña salita de abajo encontramos a Eliza, sentada con gran ceremonia en el sillón del padre Flynn. Avancé hacia la silla del rincón que yo solía ocupar mientras Nannie sacaba del aparador una licorera de jerez y unas copas de vino. Lo dejó todo sobre la mesa y nos invitó a una copita de jerez. Luego, siguiendo las órdenes de su hermana, sirvió el jerez y repartió las copas. Me insistió para que tomase unas galletitas saladas, pero las rechacé porque pensé que iba a hacer demasiado ruido al comerlas. Sentí que mi negativa la dejaba un tanto decepcionada y se acercó en silencio al sofá, donde se sentó por detrás de su hermana. Nadie hablaba, todos mirábamos al hogar vacío de la chimenea.

Mi tía aguardó a oír un suspiro de Eliza y dijo:

—Bueno, se ha ido a un mundo mejor.

Eliza volvió a suspirar e inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Mi tía toqueteó el pie de su copa antes de beber un poco.

—¿Tuvo una... serena? —preguntó.

—Oh, sí, muy serena, señora —contestó Eliza—. Casi ni nos dimos cuenta cuando dejó de respirar. Fue una muerte preciosa, gracias a Dios.

—¿Y todo...?

—El padre O'Rourke vino a verlo el martes, lo ungió y lo preparó.

—Así que lo sabía.

—Estaba resignado.

—Parece muy resignado —comentó mi tía.

—Eso dijo la mujer que vino a prepararlo. Dijo que parecía que estaba dormido, tan en paz y resignado se le veía. Nadie imaginaba que sería un cadáver tan bonito.

—Sí, eso es verdad —dijo mi tía.

Dio otro sorbito a su copa y añadió:

—Bueno, señorita Flynn, al menos debe ser un gran consuelo para ustedes saber que hicieron cuanto pudieron por él. Las dos han sido muy amables con él.

Eliza se alisó la falda del vestido sobre las rodillas.

—¡Ah, pobre James! —dijo—. Dios sabe que hicimos cuanto pudimos, a pesar de lo pobres que somos..., no permitimos que le faltase de nada mientras estuvo así.

Nannie había apoyado la cabeza en el sofá y parecía a punto de quedarse dormida.

—La pobre Nannie —dijo Eliza mirándola— está agotada. Nos ha dado mucho trabajo buscar a la mujer que lo preparó, conseguir el ataúd, meterlo en él y luego organizar la misa en la capilla. De no ser por el padre O'Rourke no sé qué habríamos hecho. Fue él quien trajo las flores y los dos velones de la capilla, redactó la esquela para el *Free-man's General* y se ocupó de todos los papeles del cementerio y el seguro del pobre James.

—Qué detalle por su parte —comentó mi tía.

Eliza cerró los ojos y negó despacio con la cabeza.

—No hay como los viejos amigos —dijo—. A fin de cuentas, no hay mejores amigos en los que confiar.

—Eso es cierto —contestó mi tía—. Estoy segura de que, ahora que se ha ido a recibir su recompensa eterna, no se olvidará de ustedes ni de lo bien que lo han tratado.

—¡Pobre James! —dijo Eliza—. Nunca nos dio problemas. En casa no se le oía más de lo que se le oye ahora. Pero sé que está muerto y todo por...

—Cuando esto acabe, será cuando lo echen de menos —intervino mi tía.

—Lo sé —contestó Eliza—. Ya no le llevaré su taza de caldo de carne ni usted, señora, le enviará su rapé. ¡Pobre James!

Se detuvo, como si estuviese en comunión con el pasado y luego añadió con perspicacia:

—Eso sí, últimamente me fijé en que le pasaba algo raro. Siempre que le llevaba la sopa me lo encontraba recostado en la silla, con la boca abierta y el breviario en el suelo.

Se llevó un dedo a la nariz, frunció el ceño y continuó:

—Pero aún así seguía diciendo que, antes de que acabase el verano, saldría a dar un paseo en coche para ver la vieja casa en la que todos nacimos, en Irishtown, y nos llevaría a Nannie y a mí con él. Decía que iba a intentar conseguir uno de esos carruajes modernos, de ruedas «reumáticas», que no hacen ruido, del que le había hablado el padre O'Rourke; que lo alquilaría en casa de Johnny Rush, ahí al lado, y que desde allí saldríamos los tres un domingo por la tarde. Estaba convencido... ¡Pobre James!

—¡Que Dios se apiade de su alma! —dijo mi tía.

Eliza sacó el pañuelo y se secó los ojos con él. Después volvió a guardarlo en el bolsillo y se quedó mirando un rato la rejilla vacía del hogar, sin decir nada.

—Siempre fue demasiado escrupuloso —continuó—. Los deberes del sacerdocio eran demasiado para él. Y se podría decir que su vida quedó desbaratada.

—Sí —dijo mi tía—. Era un hombre decepcionado. Eso se veía bien.

El silencio se apoderó de la salita y, protegido por él, me acerqué a la mesa, probé el jerez y regresé sin hacer ruido a mi silla del rincón. Eliza parecía profundamente ensimismada. Respetuosamente, esperamos a que rompiera el silencio y al cabo de una larga pausa dijo, muy despacio:

—Fue ese cáliz que rompió..., ese fue el principio. Claro que dijeron que no pasaba nada, me refiero a que estaba vacío. Pero, aun así... Dijeron que había sido culpa del chico. Pero el pobre James se puso tan nervioso... ¡Que Dios se apiade de él!

—¿Y qué pasó? —preguntó mi tía—. Algo oí contar... Eliza asintió.

—Le afectó a la cabeza —dijo—. Después de eso empezó a andar como alma en pena, sin hablar con nadie y paseando solo. Una noche lo llamaron para asistir a alguien y no lo encontraron. Lo buscaron por todas partes, pero ni rastro de él. Entonces el clérigo sugirió que lo buscasen en la capilla. Cogieron las llaves, abrieron la capilla y el clérigo, el padre O'Rourke y otro sacerdote que estaba allí llevaron una luz para buscarlo. Y allí estaba, sentado a solas en la oscuridad de su confesionario, despierto y como si se riera para sus adentros.

Se calló de repente, como si quisiera escuchar. Yo también escuché, pero no había ni un sonido en la casa y sabía

que el anciano sacerdote aún yacía en su féretro, tal y como lo habíamos visto, solemne y opulento en la muerte, con un cáliz vacío sobre el pecho.

Eliza continuó:

—Despierto y como si se riera para sus adentros... Entonces, al verlo así, claro, se dieron cuenta de que algo malo le pasaba.

Un encuentro

FUE JOE DILLON quien nos inició en el salvaje Oeste. Tenía una pequeña biblioteca formada por viejos números de *The Union Jack*, *Pluck* y *The Halfpenny Marvel*. Por las tardes, después de la escuela, nos reuníamos en su jardín trasero y organizábamos guerras de indios. Él y Leo, su hermano pequeño, gordo y vago, defendían el pajar del establo mientras nosotros intentábamos conquistarlo; o luchábamos una guerra sin cuartel sobre la hierba. Pero, por muy bien que peleásemos, jamás ganamos asedio o batalla y todos nuestros combates terminaban con la danza de la victoria que ejecutaba Joe Dillon. Sus padres iban todas las mañanas a misa de ocho a Gardiner Street y el pacífico olor de la señora Dillon perduraba en el vestíbulo de la casa. Pero Joe jugaba con demasiada furia para nosotros, que éramos más jóvenes y más tímidos. Parecía un indio cuando bailoteaba por el jardín, con una vieja cubretetera en la cabeza, golpeando una lata con el puño y gritando: «¡Ya! ¡Yaka, yaka, yaka!».

Todos nos mostramos incrédulos cuando se nos dijo que tenía vocación para el sacerdocio. Sin embargo, era verdad.

Un espíritu de rebeldía se propagaba entre nosotros y, bajo su influencia, se pasaban por alto las diferencias de cultura y constitución. Formábamos una pandilla, algunos con descaro, otros de broma y otros casi con miedo: yo era uno de estos últimos, los indios reticentes que temían parecer estudiosos o faltos de energía. Las aventuras que se relataban en la literatura del salvaje Oeste no tenían mucha relación con mi carácter, pero al menos ofrecían una vía de escape. Me gustaban más algunas historias de detectives norteamericanos en las que, de vez en cuando, aparecían chicas guapas, violentas y desaliñadas. Aunque no había nada malo en esos relatos y en ocasiones tenían propósitos literarios, en la escuela circulaban en secreto. Un día, mientras el padre Butler escuchaba las cuatro páginas de historia de Roma que teníamos que habernos aprendido, el torpe de Leo Dillon fue descubierto con un número de *The Halfpenny Marvel*.

—A ver, ¿esta página o esta otra? ¿Esta? ¡Dillon, en pie! «Apenas despuntaba el...». ¡Continúe! ¿Qué despuntaba? «Apenas despuntaba el día...». ¿Lo ha estudiado? ¿Qué lleva ahí, en el bolsillo?

Nuestros corazones palpitaron con fuerza mientras Dillon entregaba la revista y todos poníamos cara de inocencia. El padre Butler pasó las páginas con el ceño fruncido.

—¿Qué basura es esta? —exclamó—. ¡*El jefe apache*! ¿Esto es lo que lee en lugar de estudiar historia de Roma? No quiero volver a encontrar un solo ejemplo más de estos cuentos horribles en este colegio. Imagino que quien lo

escribió es de esos miserables que se venden por un vaso de licor. Me sorprende que unos muchachos educados como ustedes lean estas cosas. Podría entenderlo si fuesen alumnos de la escuela nacional. Dillon, se lo digo muy seriamente, póngase a trabajar de verdad o...

Tal reprimenda, en las horas más formales de la escuela, atenuó para mí una buena parte del esplendor del salvaje Oeste, y el rostro confuso e hinchado de Leo Dillon despertó una de mis conciencias. Pero cuando la influencia disuasoria de la escuela quedó lejos, de nuevo empecé a desear esas sensaciones salvajes, la evasión que solo esas crónicas del desorden parecían ofrecerme. Llegó un momento en el que la guerra de imitación de las tardes se volvió tan tediosa para mí como la rutina escolar de las mañanas, porque quería vivir auténticas aventuras. Pero, reflexioné, las personas que se quedan en casa no viven aventuras de verdad, hay que salir a buscarlas.

Las vacaciones de verano ya estaban cerca cuando decidí librarme del aburrimiento de la vida escolar, al menos durante un día. Planeé hacer novillos con Leo Dillon y un chaval llamado Mahony. Cada uno tenía que conseguir una moneda de seis peniques. Nos reuniríamos a las diez de la mañana en Canal Bridge. La hermana mayor de Mahony iba a escribirle una nota de justificación y Leo Dillon le pediría a su hermano que dijera que estaba enfermo. Acordamos recorrer Wharf Road hasta llegar a los barcos, luego cruzaríamos en el ferri y continuaríamos andando para ver la central eléctrica de Pigeon House. Leo Dillon temía encontrarse con el padre Butler, o con alguien, fuera del colegio; pero Mahony, muy sensatamente, preguntó qué iba a hacer el padre Butler en

Pigeon House. Nos tranquilizamos y yo puse fin a la primera fase del plan recolectando los seis peniques de los otros dos, al tiempo que les mostraba mi moneda. La víspera, al ocuparnos de los últimos preparativos, estábamos vagamente entusiasmados. Entre risas, cerramos el acuerdo con un apretón de manos y Mahony dijo:

—¡Hasta mañana, amigos!

Esa noche dormí mal. Por la mañana fui el primero en llegar al puente, ya que vivía más cerca. Escondí los libros entre las hierbas altas que crecían al final del jardín, junto al hoyo de las cenizas, adonde nadie iba nunca, y caminé con prisa por la orilla del canal. Era una mañana soleada y apacible de la primera semana de junio. Me senté en la albardilla del puente y examiné con admiración mis frágiles zapatos de lona, que tan diligentemente había blanqueado con arcilla blanca la noche anterior; luego observé cómo los dóciles caballos tiraban colina arriba de un tranvía lleno de gente que iba a trabajar. Las ramas de los altos árboles que bordeaban el paseo contagiaban la alegría de sus hojitas verdes y la luz del sol se colaba de soslayo entre ellas para alcanzar el agua. El granito del puente empezaba a calentarse y me dediqué a darle golpecitos con las manos, al ritmo de la música que me venía a la cabeza. Era muy feliz.

Cuando llevaba cinco o diez minutos allí sentado vi que se acercaba el traje gris de Mahony. Subió la colina sonriendo y trepó al puente, a mi lado. Mientras esperábamos sacó el tirachinas que sobresalía de su bolsillo interior y me explicó las mejoras que le había hecho. Le pregunté por qué lo traía y me contestó que para jaranear con los pájaros. Mahony usaba el lenguaje de una forma muy curio-

sa y al padre Butler le llamaba el viejo «Bater». Aguardamos un cuarto de hora más, pero Leo Dillon seguía sin aparecer. Por fin, Mahony se bajó de un salto y dijo:

—Vamos. Sabía que Gordi se iba a rajar.

—¿Y sus seis peniques? —pregunté.

—De multa —dijo Mahony—. Y mejor para nosotros. Así tenemos más dinero.

Seguimos por North Strand Road hasta llegar a la fábrica de vitriolo y luego giramos a la derecha por Wharf Road. Mahony empezó a hacer el indio en cuanto dejamos de estar a la vista del público. Persiguió a un grupo de niñas harapientas y, cuando dos chicos andrajosos, por pura caballerosidad, empezaron a tirarnos piedras, propuso que cargásemos contra ellos. Dije que no porque eran muy pequeños, así que continuamos andando, mientras el grupo de harapientos nos gritaba: «¡Protestantes!, ¡protestantes!», al pensar que lo éramos porque Mahony, que era moreno, llevaba en la gorra la insignia de plata de un club de críquet. Cuando llegamos a La Plancha —un lugar donde hay una gran losa de granito con esa forma—, organizamos un asedio, pero resultó un fracaso porque para eso hay que ser tres, como mínimo. Nos vengamos de Leo Dillon diciendo que era un cagado e imaginando cuántas tortas le daría el señor Ryan a las tres.

Entonces llegamos a la zona del río. Pasamos mucho tiempo caminando entre las calles ruidosas, flanqueadas por altos muros de piedra, mirando cómo trabajaban las grúas y las máquinas y aguantando los gritos de los conductores de unos carros chirriantes, a los que molestaba nuestra inmovilidad. Ya era mediodía cuando llegamos a los muelles y,

como todos los obreros estaban almorzando, nos compramos dos grandes bollos con pasas y nos sentamos a comerlos en unas tuberías de metal, junto al río. Disfrutamos del espectáculo del comercio dublinés: las barcazas, anunciadas desde muy lejos por las volutas de denso humo, la flota pesquera, más allá de Ringsend, y el enorme velero blanco que estaban descargando en el muelle de enfrente. Mahony dijo que sería divertido hacernos a la mar en uno de esos barcos grandes y yo, al mirar aquellos enormes mástiles, vi o imaginé que la escasa geografía administrada en el colegio se materializaba ante mis ojos. El colegio y el hogar se desvanecían y su influencia sobre nosotros se hacía más débil.

Cruzamos el Liffey en el ferri, tras pagar para que nos transportasen en compañía de dos obreros y un judío bajito que llevaba una bolsa. Nos pusimos serios hasta casi resultar solemnes, aunque una vez, durante la corta travesía, nuestros ojos se encontraron y nos reímos. Al llegar a tierra, observamos la descarga del elegante velero de tres palos que habíamos visto desde el otro muelle. Un mirón nos dijo que era un navío noruego. Me acerqué a la popa e intenté descifrar lo que había escrito en ella, pero, al no ser capaz, regresé y examiné a los marineros extranjeros para ver si había alguno de ojos verdes, porque tenía las ideas un tanto confusas. Los ojos de los marineros eran azules y grises, incluso negros. El único cuyos ojos podrían tomarse por verdes era un hombre alto que divertía a la gente apiñada en el muelle al gritar alegremente, cada vez que se caía algún tablón: «¡Muy bien! ¡Muy bien!».

Cuando nos cansamos de esa imagen, deambulamos despacio hasta Ringsend. El día era bochornoso y en los

escaparates de las tiendas de comestibles las galletas rancias se decoloraban al sol. Compramos chocolate y unas galletas que nos comimos diligentemente mientras vagábamos por las inmundas calles en las que viven las familias de los pescadores. Como no encontrábamos una lechería nos metimos en un buchínche y nos agenciamos una botella de limonada de frambuesa para cada uno. Así refrescados, Mahony persiguió a un gato por un callejón, pero el bicho escapó a un campo grande. Los dos nos sentíamos cansados y, al llegar al campo, enseguida nos dirigimos a un terraplén inclinado, desde cuya cresta se veía el Dodder.

Era tarde y estábamos demasiado cansados para llevar a cabo nuestro plan de visitar Pigeon House. Teníamos que estar de vuelta en casa antes de las cuatro o nuestra aventura quedaría al descubierto. Mahony miró su tirachinas con tristeza y, antes de que recuperara la alegría, yo tuve que sugerir volver en tren. El sol se ocultó tras unas nubes y nos dejó con nuestras ideas agotadas y las migas de nuestras provisiones.

En aquel campo no había nadie más. Cuando ya llevábamos un tiempo tumbados en el terraplén, sin hablar, vi que un hombre se acercaba desde el extremo más alejado del terreno. Lo observé indolentemente mientras mascaba uno de esos tallos verdes con los que las chicas dicen la buena-ventura. Caminaba despacio junto al terraplén. Llevaba una mano en la cadera y en la otra un bastón con el que golpeteaba el césped ligeramente. Iba desaliñado, con un traje negro verdoso y un sombrero rígido, de fieltro y copa grande. Parecía bastante mayor porque su bigote era de un gris ceniciento. Cuando pasó por debajo de nosotros, alzó la vista rápidamente

para mirarnos y siguió su camino. Lo observamos y vimos que, cuando había recorrido unos cincuenta pasos, se dio la vuelta y empezó a desandar lo andado. Caminaba hacia nosotros muy despacio, siempre tanteando el suelo con el bastón, tan lento que pensé que buscaba algo entre la hierba.

Se detuvo al llegar a nuestra altura y nos dio los buenos días. Le contestamos y se sentó junto a nosotros, en la ladera, despacio y con mucho cuidado. Empezó a hablar del tiempo, dijo que el verano iba a ser muy caluroso y añadió que las estaciones habían cambiado desde su infancia, muchos años atrás. Dijo que, sin duda, los años más felices de la vida eran los pasados en la escuela y que daría cualquier cosa por volver a ser joven. Mientras expresaba esos sentimientos, que nos aburrían un poco, guardamos silencio. Entonces empezó a hablar de la escuela y los libros. Nos preguntó si habíamos leído la poesía de Thomas Moore o las obras de sir Walter Scott y lord Lytton. Yo simulé que había leído todos los libros que mencionó, así que al final dijo:

—Ah, ya veo que eres tan ratón de biblioteca como yo. Pero él es distinto —añadió señalando a Mahony, que nos miraba con los ojos muy abiertos—. A él le van los juegos.

Afirmó que en casa tenía todas las obras de sir Walter Scott y de lord Lytton, y que nunca se cansaba de leerlas.

—Claro que —añadió—, había algunas obras de lord Lytton que los niños no podían leer.

Mahony inquirió por qué no podían leerlas los niños, pregunta que me inquietó y dolió porque temía que el hombre pudiese pensar que era tan estúpido como Mahony. Sin embargo, el hombre solo sonrió. Vi que había varios huecos entre los dientes amarillentos. Entonces nos preguntó cuál



de los dos tenía más novias. Mahony mencionó a la ligera que él tenía tres chavalas. El hombre quiso saber cuántas tenía yo. Le dije que ninguna. No me creyó y afirmó que estaba seguro de que tendría al menos una. Guardé silencio.

—Cuéntenos —le dijo Mahony con descaro—, ¿cuántas tiene usted?

El hombre volvió a sonreír y contestó que a nuestra edad tenía muchas.

—Todo chico tiene alguna novia —añadió.

Su actitud sobre la cuestión me pareció extrañamente liberal para un hombre de su edad. En el fondo, yo creía que lo que había dicho sobre los chicos y las novias era razonable. Pero no me gustaba cómo lo decía y me pregunté por qué se habría estremecido una o dos veces, como si temiese algo o sintiese un escalofrío repentino. Mientras hablaba me fijé en que tenía buen acento. Empezó a hablarnos de las chicas y dijo que tenían un cabello sedoso y bonito, las manos suaves y que, si se sabía tratarlas, no eran tan buenas como parecían. Afirmó que nada le gustaba más que mirar a una chica joven y guapa, de manos blancas y cabello sedoso. Me dio la impresión de que repetía algo aprendido de memoria o que, hechizado por algunas de sus palabras, su mente daba vueltas despacio, una y otra vez, en la misma órbita. En ocasiones hablaba como si simplemente aludiera a algún hecho que todo el mundo conocía, y en otros momentos bajaba la voz y disertaba en tono misterioso, como si nos contase algún secreto que no deseaba que oyesen otros. Repetía las frases una y otra vez, variándolas y arropándolas con su monótona voz. Mientras lo escuchaba, yo no dejé de mirar al pie de la ladera.

Al cabo de un buen rato interrumpió su monólogo. Se levantó con calma y dijo que tenía que dejarnos uno o dos minutos y, sin cambiar la dirección de mi mirada, lo vi alejarse despacio de nosotros durante varios minutos hacia el extremo más próximo del campo. Cuando se fue, permanecemos en silencio. Al cabo de unos minutos, oí exclamar a Mahony:

—¡Oye! ¡Mira lo que hace!

Como no contesté ni alcé la mirada, Mahony volvió a exclamar:

—¡Vaya! ¡Es un pájaro muy raro!

—Si pregunta cómo nos llamamos —contesté—, tu eres Murphy y yo Smith.

No nos dijimos nada más. Continuaba pensando en si debía irme o no cuando el hombre regresó y volvió a sentarse con nosotros. Acababa de hacerlo cuando Mahony, al ver al gato que se le había escapado, se puso en pie de un salto y lo persiguió por el campo. El hombre y yo observamos la persecución. El gato huyó de nuevo y Mahony se puso a lanzarle piedras al muro que había escalado el bicho. Cuando se cansó, empezó a deambular por el extremo más alejado del campo, sin rumbo fijo.

Al cabo de un rato, el hombre me habló. Dijo que mi amigo era un joven muy bruto y me preguntó si le daban muchas palizas en la escuela. Iba a contestar, indignado, que no éramos alumnos de la escuela nacional y por eso no nos daban palizas, según él lo llamaba, pero guardé silencio. Empezó a hablar sobre el tema de los castigos a los chicos. Su mente, otra vez como hechizada por sus palabras, parecía dar lentas vueltas alrededor de su nuevo centro. Dijo que,

si los chicos eran de esa clase, se merecían una paliza, y de las buenas. Cuando un chico era un bruto y un revoltoso, nada que no fuese una paliza morrocotuda serviría. Un golpe en la mano o un tirón de orejas no surtirían efecto: lo que necesitaba era una paliza monumental. Me sorprendió esa opinión y, de forma involuntaria, alcé los ojos hacia él. Entonces me tropecé con la mirada de un par de ojos verde botella que me observaban bajo una frente crispada. Volví a apartar la vista.

El hombre continuó monologando. Parecía haber olvidado su reciente liberalismo. Dijo que, si alguna vez veía a un chico hablar con una chica, o con novia, le daría una paliza tras otra y así aprendería a no hablar con las chicas. Y que, si un chico tenía novia y contaba mentiras al respeto, le daría semejante paliza que no tendría igual en el mundo. Dijo que nada le gustaría más que eso. Me describió cómo le pegaría a ese chico, y lo hizo de tal forma que aparentaba estar revelando un complicado misterio. Dijo que le gustaría más que cualquier otra cosa en el mundo, y su voz, a medida que monótonamente me adentraba en el misterio, casi se volvió afectuosa y parecía implorarme que lo entendiese.

Aguardé hasta que su monólogo volvió a detenerse. Entonces me puse en pie con rapidez. Para no delatar mi agitación, me retrasé unos minutos, haciendo como que me ponía bien el zapato, y luego le dije que tenía que irme y le deseé que pasara un buen día. Subí la ladera con calma, pero el corazón me latía con fuerza por miedo a que me agarrara de los tobillos. Cuando llegué a la cima de la ladera, me di la vuelta y, sin mirarlo, grité hacia el otro extremo del campo:

—¡Murphy!

En mi voz había un deje de valor forzado y me avergoncé de mi miserable estratagema. Tuve que repetir el nombre antes de que Mahony me viera y me contestase. ¡Cómo me latía el corazón al verlo venir corriendo hacia mí! Corría como si acudiera en mi ayuda. Y me arrepentí, porque en el fondo siempre lo había despreciado un poco.